

CAPÍTULO XXIX.

De como la amada santa Isabel fue á la edad de veinte y cuatro años convidada á las bodas eternas.

Iam hiems transit, imber abijt
et recessit: surge, amica mea, speciosa mea, et veni. Veni, sponsa mea, et coronaberis.

(Cant. 11, 11, 14).

Escasamente dos años habian transcurrido desde que Isabel, vistiendo el hábito franciscano, se habia revestido tambien de la fuerza necesaria para despreciar las alegrías de la vida y caminar derecha al cielo por caminos sembrados de tantas espinas, cuando el Señor se dió por satisfecho de la duracion de aquellas pruebas, y tuvo por felizmente rematada y coronada la dura empresa acometida por la Santa. «Ordenó, «pues, que tuviera el reino de los Angeles, «la que despreciara los reinos del mundo¹.» Como el divino Esposo del Cántico inspirado, vino á anunciar á su amada que el

¹ Ann. Hainaut.

invierno con todas sus tempestades era ya pasado, é iba á amanecer para ella la aurora de la eterna primavera. Tocaba á su fin el año 1231, año en que la Orden Seráfica vió subir al cielo á su glorioso hijo san Antonio de Padua, honor de Portugal y de Italia¹; y en el mismo debia tambien hacer otro nuevo sacrificio, y ver cortar su flor mas hermosa por la mano del Omnipotente, celoso en aumentar el ejército de sus santos². Tendida estaba Isabel cierta noche, cuyas horas repartia entre la oracion y el sueño, cuando se le apareció Cristo en medio de una luz deliciosa, y le dijo con voz dulcisima: «Ven, esposa mia Isabel, tierra amiga mia, ven al tabernáculo que para tí tengo aparejado desde toda la eternidad; yo mismo he de introducirte en él³.» Alborozada con estas nuevas de su inmediata y cercana libertad de la cárcel de esta vida, empezó Isabel, en cuanto hubo despertado, á hacer sus preparativos para este feliz viaje, disponiendo todo lo perteneciente á su entierro, y visitando por la vez postrera á sus pobres y enfermos á

¹ Murió en 13 de Junio de 1231.

² Vita Rhyt.

³ Juan Lefèvre.

quienes bendijo con inmensa alegría, repartiendo entre ellos y entre sus criadas todo cuanto le quedaba aun por distribuir¹. Como á la sazón se hallase maese Conrado padeciendo una grave enfermedad con violentísimos dolores, hizo llamar á su dócil penitente; y ella, fiel hasta lo último á su misión de consoladora y amiga de los enfermos, corrió al punto á verle, fue recibida por él con muestras de grande afecto, y se lamentó mucho de verle en aquel estado². «¿Qué va á ser de vos, le dijo Conrado, señora é hija querida, cuando yo «muera? ¿cómo gobernaréis vuestra vida? «¿quién os ha de amparar contra los malos, y quién os dirigirá por los caminos «de Dios?»» Á lo cual respondió la Santa: «Inútiles preguntas, padre mio; antes que «vos voy á morir yo, y no habré menester «de otro protector ni guía⁴.»

Á los cuatro dias despues de esta conversacion sintió Isabel los primeros síntomas del mal que debia poner término á la prolongada muerte de su existencia terrena,

¹ *Vita Rhyt.*

² *Ibid.*

³ *Theod.; Rothe, Vita Rhyt.*

⁴ *Conrad. epist. ad Pap.*

y conducirla á la vida verdadera y eterna¹. Obligada á guardar cama, languideció por espacio de doce ó quince dias devorada por una ardiente calentura, pero sin alterar su buen humor y alegría, ni interrumpir sus oraciones². Al cabo de este tiempo, hallándose al parecer dormida, con el rostro vuelto hácia la pared de su cuarto, una de sus criadas, llamada tambien Isabel, que se hallaba sentada junto á la cama, oyó como una dulce y exquisita melodía producida por la garganta de la paciente³. Momentos despues la Duquesa, cambiando de postura, se volvió hácia su compañera, y dijo: «¿Dónde estás, querida? — Vedme «aquí, respondió la mujer, y añadió: ¡Cuán «deliciosamente habeis cantado, señora! — «¡Pues qué! ¿has oido alguna cosa? — Si, «señora. — Sepas que era un lindo pajarito «que vino á posarse entre mí y la pared; su «cantar era tan dulce y suave que me llenó «de alegría el corazón y el alma, no pudiendo «contenerme de cantar tambien con él: me «ha dicho que moriré de aquí á tres dias⁴.»

¹ *Theod. Ann. Hainaut.*

² *Ibid.*

³ *P. Apoll.*

⁴ *Theod. Segun una relacion contemporánea, inserta por Martene y Durand en su Amplissima*

Era sin duda, dice un antiguo historiador, su Ángel de la guarda, que bajo esta forma de avecilla venia á anunciarla las eternas alegrías ¹.

Desde este punto, no teniendo ya sino muy poco tiempo para disponerse á la postrera lucha, no quiso recibir á ninguna persona seglar, incluso las grandes señoras que solian entrar á visitarla ², y, bendiciéndolas por última vez, despidió tambien á todas las demás personas que de continuo venian á verla; no queriendo que hubiera ya á su lado, además de las criadas, sino algunas religiosas de su especial cariño, el confesor, y aquel pobrecillo que en otro tiempo vino á ocupar el puesto del leproso despedido por Conrado ³; y preguntada, por qué hacia salir así á toda la gente, respondió: «Quiero quedar sola con Dios, «y meditar en el terrible dia de mi juicio, «y en mi omnipotente juzgador.» Y luego se puso á orar con muchas lágrimas é invocar la misericordia del Señor ⁴.

collectio, su hija oyó tambien estos cantos; única noticia que hay de que alguno de los hijos presenciara los últimos instantes de la Duquesa.

¹ *Cod. Florent.*

² *Theod.*

³ *Ep. Conr. Mar.*

⁴ *Theod. Vita Rhyt.*

El domingo (18 de noviembre de 1231). víspera de la octava de san Martín, se confesó con Conrado, ya bastante restablecido para poder venir á asistirle. Isabel, dice un manuscrito de la época, tomó su corazón en las manos y en él leyó cuanto podía leer; mas nada encontró de que acusarse, nada que mil veces no estuviera ya lavado con las aguas de contrición sincerísima ¹. Acabada la confesión, preguntóla Conrado cuál era su última voluntad en orden á los muebles y bienes que tenia. «Me admira, respondió la enferma, que me «pregunteis eso; pues bien sabéis vos que «cuando hice voto de obediencia, renuncié á todas mis propiedades, así como á «mi voluntad, mis hijos y todos los gustos «de la tierra: nada guardé sino lo que vos «me ordenásteis guardar para pago de deudas y para dar limosnas; á habérmelo vos «permitido, mi intención era vivir en una «celdilla, atendida á la ración diaria que se «da á los demás pobres ². Ya ha tiempo «que todo cuanto al parecer es mio, en «realidad pertenece á los pobres; repartid- «les, pues, á ellos lo que queda, excepto es-

¹ *Cod. Argen.; Theod. Ep. Conrad. Mar.*

² *Mart. pág. 1254.*

«te viejo y gastado traje que tengo, porque
«deseo me entierren con él. Testamento no
«hago; no tengo mas heredero que Jesu-
«cristo ¹.» Mas como una de las compañe-
ras le suplicará que le dejase algun recuer-
do suyo, la Santa le hizo donacion del po-
bre manto de su padre san Francisco, el
cual le habia sido remitido por el Papa.
«Légote mi manto, dijo la Santa á la peti-
«cionaria; no te dé cuidado verle tan roto,
«remendado y miserable; así y todo, es la
«joya de mas precio que jamás poseí. Te
«digo en verdad que cuantas veces hube
«de pedir á mi amadísimo Jesús alguna
«gracia especial, y me puse en oracion cu-
«briéndome con este manto, otras tantas se
«dignó el Señor oirme con infinita clemen-
«cia ².» Despues encargó que la enterraran
en la misma iglesia del hospital fundado
por ella y dedicado á san Francisco; limi-
tándose á esto todas sus prevenciones rela-
tivas al funeral de aquí abajo, pues la tenia
toda absorta la anticipacion de su entrada
en el cielo: tras una larga conferencia con
Conrado y haber oido misa, fueron á traerle
los últimos Sacramentos que esperaba con

¹ Theod. VIII, 3.

² Cod. Lov. apud Wadding, p. 159; Cod. Heid. p. 32.

piadosa impaciencia. La sincera ternura, la
pureza de corazon, el ardiente deseo, la
celestial alegría con que recibió el dulcísi-
mo manjar ¿quién es capaz de saberlo y
de juzgarlo? únicamente Aquel que se dig-
naba servirle de guia y de viático en el
supremo trance; bien que harto revelaba
á los asistentes la angelical expresion del
semblante lo que la gracia estaba obrando
durante aquellos momentos en aquella alma
escogida ¹. Habiendo comulgado despues
de recibida la Extramauncion, segun el
estilo de aquel tiempo, quedó inmóvil y
callada el resto del dia hasta la hora de
Visperas, absorta en la contemplacion y
como embriagada por aquella sangre de vi-
da con que, por última vez en la tierra,
acababa de saciarse. De pronto se abrió su
boca para dar paso á un torrente de ferve-
rosas palabras llenas de piedad: «Su len-
«gua, dice el Padre Apolinario, poco há tan
«mesurada en hablar, esparció sus luces
«con profusion, mas con tal prudencia y
«eficacia que, no obstante ser su razona-
«miento tan largo cual nunca la hubieran
«oído, ninguna de las palabras pronuncia-
«das en aquella ocasion era para perdida.

¹ Theod. l. c.

«Notaron los oyentes que se le ofrecia á la «memoria con oportuñísima puntualidad «todo cuanto en vida oyera de boca de los «predicadores, ó habia leído en los libros «ó aprendido en sus raptos, para inculcarlo «á sus hijas antes de rendir el último sus- «piro ¹.» Al ir á remontarse al cielo aque- lla alma, brotó en ella desconocido raudal de elocuencia; y buscando aquel espíritu, presto á huir de la cárcel corpórea, un pasaje de la Escritura á propósito para en- cantar la memoria de una alma amante como la suya, eligió el que tal vez mas le cuadraba, el evangelio de la resurreccion de Lázaro; cuyo texto recitó por extenso la moribunda, espaciándose con prodigiosa abundancia sobre la visita que Jesús hizo á las dos hermanas Marta y María cuando se dignó tomar parte en su dolor, acompa- ñarlas al sepulcro, y darles muestras vivas de su compasion tierna y sincera mezclando sus divinas lágrimas con las de aquellas desconsoladas mujeres ². Y deteniendo en este punto su discurso, comenzó á decir co- sas profundas, con gran pasmo de los cir- cunstantes, acerca de estas lágrimas de

¹ P. Appolin., pag. 477; Theod.

² Theod.; Wadding, II, 271.

Cristo y de las que él mismo derramó con- templando á Jerusalem, y tambien mientras estuvo clavado en la cruz; haciéndolo con tan vivas, penetrantes é inflamadas expre- siones, que, sin ser dueños los corazones de resistir la emocion en ellos producida, los ojos de cuantos la escuchaban rompieron en un torrente de lágrimas ¹. Como lo echa- ra de ver la Santa, les dirigió en tono de advertencia cariñosa las palabras que dijo el Salvador á las mujeres de Jerusalem que le veian caminar al Calvario: «Hijas de «Jerusalem, no lloreis por mí; llorad por «vosotras mismas.» Ni aun en tan terribles momentos aquel corazon simpático y com- pasivo podia echar en olvido á los que habia amado; volaba ya al cielo, y todavía encontraba palabras de afectuoso consuelo para dirigirlas á sus amadas doncellas y compañeras: «¡Amigas mias! ¡oh queridas «de mi alma ²!» Y despues de todo esto, calló inclinando la cabeza y quedándose en un absoluto recogimiento ³.

Pasado algun rato, y aunque no se la veia mover los labios, volvió á repetirse

¹ Mart. pag. 1235; Wadding; Theod. *Covr. Mar.*

² *Dict. IV Ancill.*

³ *Vita Rhyt.*

aquella misma melodía que ya antes se oyera exhalar de su garganta. Preguntada sobre esto, respondió: «¿No oísteis á los que cantaban conmigo? los acompañó «lo mejor que puedo ¹.» «Ninguna alma «fiel podrá dudar, dice su historiador, de «que Isabel mezclaba ya su dulce voz con «los cánticos de triunfo y deliciosas armonías del celestial ejército que aguardaba «el instante de verla incorporada en sus filas: estaba ya cantando la gloria del Señor con los Angeles ².» Desde la caída de la tarde hasta el canto del gallo continuó la Santa en un estado de gozo expansivo, de exaltacion piadosa unida á la devocion mas ardiente. En el momento decisivo de la victoria, celebraba con justa razon los combates definitivamente terminados: segura ya de su gloria y de su corona, hablaba así hácia media noche con sus amigas: «¿Qué harémos si llegara á aparecerse por «aquí nuestro enemigo el diablo?» y de allí á poco añadió con voz alta y clara: «Huye, huye, maligno, reniego de tí!» Pasados algunos instantes, volvió á decir: «Al fin se marcha; hablemos ahora de Dios

¹ Dict. IV Ancill.; Wadding, 172.

² Theod.

«y de su Hijo; tened paciencia, que esto «ya acaba ¹.» Como á la media noche púsose su rostro tan resplandeciente que apenas se la podia mirar; y al primer canto del gallo, se la oyó que decía: «Esta es la «hora en que la Virgen dió á luz al Señor «y le presentó á los asistentes. Hablemos «de Dios y del Niño Jesús, porque ya es «media noche. En esta hora nació Jesús y «fue reclinado en el pesebre, y crió una «nueva estrella nunca hasta entonces vista; «en esta hora vino á rescatar al mundo; «tambien á mí me rescatará: en esta hora «resucitó los muertos y libró las almas «aprisionadas; tambien redimirá la mia de «este mundo miserable ².» Por instantes crecia su alegría y su felicidad: «Estoy débil, decía, pero nada me duele, como si «no me hallara enferma... á todos os encomiendo á Dios.» Todavía habló mucho, inflamada por el Espíritu Santo; pero sus palabras, que respiraban amor divino el

¹ Alta et libera voce... fuge, fuge. (Declarac. de Isabel. *Passion.*, f. 82). El código florentino dice que el diablo habia venido, segun su costumbre en la muerte de los Santos, *si forte aliquod ius haberet*, pero que no teniendo ninguno sobre Isabel, tuvo que huir vergonzosamente.

² Theod. *Vita Rhyt.*

mas tierno, no han llegado hasta nosotros. Al fin exclamó: «¡Oh María; socórreme!... «llega el momento en que Dios llama á sus «amigos á sus bodas!... el esposo viene en «busca de la esposa!» y luego en voz baja: «¡Silencio!... ¡silencio!» Y dicho esto, inclinó la cabeza como en un dulce sueño, y entregó triunfante el postrer suspiro². Su alma voló al cielo en medio de los Ángeles y Santos que habian salido á su encuentro. Por todo el ámbito de aquella humilde habitacion, que solo contenia ya sus mortales despojos, se difundió un aroma delicioso; y por los aires se oia el cántico de voces celestiales que celebraban con inefable armonía las sublimes palabras de la Iglesia, compendio de aquella vida: *Regnum mundi contempsi, propter amorem Domini mei Iesu Christi, quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi.*

Esto sucedia en la noche del 19 de noviembre del año 1231; la Santa tenia apenas cumplidos veinte y cuatro años³.

¹ *Passional*, f. 32; *Ann. de Hainaut*.

² *Submissa voce omnibus qui circa ipsam erant silentium indixit, et ita quasi suavissime obdormiens exspiravit. (Martene, pág. 1253). Tandem iubilando requievit... (Theod.).*

³ El manuscrito del príncipe de Solms, titulado:

CAPÍTULO XXX.

De como la amada santa Isabel fue sepultada en la capilla de su hospital, y de como las avecillas del cielo celebraron sus exequias.

Ece quod concupivi, iam video: quod speravi, iam teneo: ipsi sum iuncta in coelis quem in terris posita, tota devotione dilexi.

(*Breviar. romano*: antífona de santa Inés).

Diferente de todas las glorias humanas, la de los escogidos de Dios no comienza en la tierra, lo propio que en el cielo, sino desde su muerte; como si la paternal sollicitud del Señor hubiera querido poner siempre su humildad bajo la proteccion del olvido á las injurias de este mundo, hasta que ya no queda de ellos sino la envoltu-

Antiquitates monasterii Aldenbergensis, refiere que la pequeña Gertrudis, niña entonces de cuatro años, que se hallaba en el monasterio de Aldenberg, dijo en este mismo dia á sus compañeras: «Oigo tocar «á muerto en Marbourg; en este instante habrá fallecido mi amada madre!»